



El trabajo infantil en los inicios del siglo XX

David Guerrero Flores

En nuestros días la formación y el aprendizaje inicial de niñas,

niños y adolescentes se han articulado primordialmente por medio del sistema escolarizado, tanto público como privado. Pero esto no siempre fue así. Hasta mediados del siglo XX, la formación económica, productiva y social de las nuevas generaciones en los sectores populares, urbanos y rurales se alternaba con un ligero barniz de educación elemental, centrado en el aprendizaje de la lectura, la escritura y la aritmética, apenas suficiente para el manejo de la cultura escrita y de la economía cotidiana de compras, ventas e intercambios al por menor. Era acentuada la desproporción entre los varones, que potencialmente recibían mayor educación escolarizada, respecto de las mujeres, caracterizadas muchas veces por el analfabetismo.

La narrativa histórica, la recuperación y el análisis del trabajo económico y productivo de los menores de edad se ha basado en el hallazgo de descripciones literarias, crónicas periodísticas y memorias personales, además de estadísticas, informes de inspección laboral en fábricas y talleres, estudios de médicos e higienistas, testimonios orales, encuadres cinematográficos y, muy importante, de la fotografía fija y en movimiento.¹ Cualesquier fuente y testimonio del pasado brindan intersticios para conocer las dimensiones, los rasgos y particularidades de esa realidad y de ese proceso de socialización tan frecuente, del trabajo infantil, común a muchas de las personas, los

Página 22

© 358781

Niño aguador

de Xochimilco,

Ciudad de México,

ca. 1910,

Colección Culhuacán,

Secretaría de Cultura.

INAH.SINAFO.FN.MX.



© 120204 **Winfield Scott**, *Niña lava en batea*, Ciudad de México, ca. 1908, Colección C. B. Waite / W. Scott, Secretaría de Cultura. INAH.SINAFO.FN.MX.

niños, las niñas, los chicos, las muchachas y los rapaces que nos antecedieron en el pasado. Al ser el trabajo infantil una continuidad perceptible en la historia de México, así como un fenómeno que llega hasta nuestro presente,² vamos a centrarnos en los inicios del siglo xx, con el propósito de conjugar indicios y reflexiones sin dispersión temporal de nuestras miradas.

Un escenario rural

Áurea nació en agosto de 1906 y vivió su niñez en El Capulín, pueblo cercano a Amanalco, Estado de México, próximo a la hacienda de La Gavia y de la ciudad de Toluca. Tuvo cuatro hermanas y un hermano al que se llevaron de leva en la Revolución. Por circunstancias de la vida y de la época revolucionaria, sus padres la encargaron en casa de su padrino Dionisio Escobar, un agricultor de trigo y cebada, cuya situación económica era próspera, sin exagerar. Dejemos que las palabras de ella nos trasladen a ese mundo rural y doméstico:

La casa que habitábamos era de mi padrino. Junto a la casa había una hortaliza con árboles y allí sembraban cilantro y yerbabuena para la comida. Afuera había muchísimos animales: caballos, borregos, pollos, gallinas, guajolotes, de todo, y tenían hartos perros.



© 606466 Niña baña a un niño en el río, Ciudad de México, ca. 1908, Colección C. B. Waite / W. Scott, Secretaría de Cultura. INAH.SINAFO.FN.MX.

Además de ayudar en labores de la casa, también fui a la escuela, muy poco. Creo que nada más llegué a segundo. La escuela era un jacal de madera y dentro unas bancas grandes de madera, y ahí nos sentaban para enseñarnos y empezábamos por el silabario, por todas esas cosas chiquitas. Sí aprendí, pero... *pus...* bueno, las cuentas no, porque luego con tanta cosa que hubo de la revolución, ya no fueron a darnos clase. La maestra usaba un pizarrón grande y nosotros teníamos unos cuadernos chicos. Entrábamos más o menos a las ocho, y al medio día nos salíamos. Nos enseñaban bordados. Había unas telas que tenían unos cuadritos y nos enseñaban a bordar; antes se usaba mucho un burrito que tenía un almohadón y allí nos enseñaban.

Yo ayudaba en casa de mis padrinos, molía en metate, hacía las tortillas. Mi madrina Candelaria me enseñó. Al principio nomás jugaba, un día vieron que estaba moliendo tierra y entonces dijeron: "Te voy a comprar un metate para que muelas el nixtamal". Sí me compraron mi metatito, y ya me enseñaron a moler, entonces ya me pusieron a hacer unas gordotas para darles de comer a los perros.

Acarreaba agua con un cántaro que me colgaba, uno atrás y otro al frente. Iba yo lejos, con otras muchachas, a un ojo de agua, ahí sacábamos el agua, estaba bien bonita, bien clarita; ésa era para guisar y tomar, pero para bañarse, al río. Diario se lavaba la ropa en el río, y diario a bañarse. Yo ayudaba a eso. Temprano, tempranísimo, pa' alcanzar los lavaderos, porque luego iba más gente a lavar, lo hacíamos sobre unas piedras grandes. También cuidaba borregos y guajolotes. Me mandaba mi madrina: "Vete a llevar los borreguitos a pasear". A mí me gustaba andar en el campo. Llevaba una vara para conducir a los animales y para matar a las víboras que andaban por ahí.

Cuando era niña jugaba a moler tierra con mis amigas, según era nixtamal, jugábamos a hacer las tortillas y hacíamos puras gordas de lodo. También jugaba canicas, balero y matatena. En casa de mis padrinos teníamos muñecas, buenas, de porcelana. Y mi madrina nos hacía muñecas de trapo. Yo era muy latosa. Me subía a los árboles a sacudirlos pa' los tejocotes, los capulines. "Órale, ándenles", me subía por donde quiera. También me gustaba saltar la cuerda porque había una, era 'onde trillaban el trigo, ahí poníamos una reata grandota, y a brincarla. Teníamos muchos juegos. Yo salía acabando de moler, entre darles de tragar a los perros, que era mi obligación, que hacía yo unas gordas grandotas para que tragaran, 'tons ya: "Ora sí, ya vete a jugar", ya me salía yo a buscar a mis amiguitas, y vamos a jugar. Pus ahí no andaba uno con que nomás puro juego, no, "Primero enséñese a esto".³

El testimonio anterior, recuperación oral de una memoria, recrea las vivencias cotidianas de una niña en una comunidad rural con sus trabajos y sus días, su breve aprendizaje escolar, sus tareas asignadas en casa y sus momentos de juego y de retozo. Numerosas fotografías de grupo o de niñas y niños captados por separado permiten ambientar visualmente esa realidad de antaño porque contienen detalles —de otro modo inaprensibles— como la interacción y la sociabilidad entre niños y niñas con edades similares o diferentes, así como entre éstos y los adultos que los rodeaban y convivían, trabajaban, protegían, explotaban o colaboraban con ellos. De igual manera, es posible apre-



© 675198 Niñas indígenas con cántaros, canastas y carga de leña, Ciudad de México, ca. 1904, Colección C. B. Waite/W. Scott, Secretaría de Cultura. INAH.SINAFO.FN.MX.



ciar las características y dimensiones de los instrumentos de trabajo, su manufactura y funcionalidad, la pericia y el hábito de su manejo.

En las fotografías de la época queda de manifiesto también el arreglo personal, el aseo o desaseo del cuerpo, la lozanía o la presencia de enfermedades de la piel, el uso de aretes, collares, pulseras, moños y listones, entre otros adornos; el uso habitual de rebozos con sus variados usos como el arropado y el ocultamiento, el transporte de infantes, la carga de canastas, cántaros y cargas de leña, y, no menos importante, la provisión de sombra en las horas de resolana. También estaba la presencia constante de gorros y sombreros de paja, palma o fieltro, de aspecto nuevo, desgastado o agujereado, apropiados para la edad o desproporcionados para las cabezas de sus portadores.

Al reparar en la geografía corporal, la impresión fotográfica a menudo revela el largo, el corte, la compostura o el desaliño del cabello; el trenzado o el revuelo indomable de las melenas de las niñas; el crecimiento moderado o el corte a rape del cabello de los niños, de usanza práctica e higiénica o como prevención contra la pediculosis. Por otra parte, asoman los detalles de la segunda piel, nos referimos al tipo y a la calidad de la ropa, la manera de usarla, la talla de las prendas, chicas, ajustadas o grandes, e igualmente de sus variadas adaptaciones como el anudamiento y el remangado; las arrugas, la limpieza, el desgaste, la rasgadura o la suciedad de las telas; la presencia o la ausencia de zapatos y huaraches, o bien de los pies



© 675175 *Niña carga a bebé en su espalda*, Oaxaca, Oaxaca, ca. 1904,
Colección C. B. Waite / W. Scott, Secretaría de Cultura. INAH.SINAFO.FN.MX.



cenizas y polvosos, prematuramente callosos y habituados al contacto de la tierra, las piedras, los residuos vegetales y las irregularidades del suelo.

Son un conjunto de evidencias visuales, relativas a las herramientas, los aperos e instrumentos de uso cotidiano; a la indumentaria y el vestido, así como al cuerpo y la apariencia de niñas y niños de los sectores populares, tanto rurales como urbanos. Quien se aproxima y recurre a las fotografías para asir visualmente el trabajo económico y productivo de niñas, niños y, lo que en la actualidad definiríamos como adolescentes, debe atender, desde luego, el propósito y la intención original de los fotógrafos, inferida por el medio de circulación de la imagen, para una postal o tarjeta de visita, como las del estadounidense Charles B. Waite, cuyo trabajo constituye un cúmulo de testimonios visuales de la sociedad mexicana.⁴ No obstante, es preciso reparar desde la óptica del presente en la selección de quienes fueron fotografiados, de su penuria manifiesta o de su presencia agraciada, de sus composiciones y de las poses requeridas para el arte y la impresión fotográfica; todo ello no debe ser desatendido en la interpretación, puesto que no se trata de casualidades, sino de intenciones orientadas a la recuperación del retrato étnico y cotidiano de los habitantes de México, pero también a la realización y comercia-



ES PROPIEDAD ASEGURADA. ENE. 2, 1905. C.B. WAITE. FOTO-

Cargador in City of México.

Waite. Photo.



lización de instantáneas bajo la forma de postales e ilustraciones para periódicos y revistas de la época, tanto nacionales como extranjeras.

El entorno urbano

Para ofrecer otro punto de vista sobre el trabajo infantil, vamos a situarnos en las calles de la ciudad de México.⁵ A principios del siglo xx era común observar a un gran número de menores de edad trabajando en la vía pública, especialmente en actividades relacionadas con la economía informal, como la venta ambulante de dulces, frutas, flores, cerillos y mercancía menuda. También estaban los músicos y cantantes, niños y adultos, quienes recibían de los transeúntes monedas de un centavo como gratificación. Cerca de las iglesias abundaban los limosneros que pedían caridad, “Por el amor de Dios”. En las calles

Página 31

© 465008

Cagador in city of Mexico,

Ciudad de México,

2 de enero de 1905,

Colección C. B.

Waite/W. Scott,

Secretaría de Cultura.

INAH.SINAFO.FN.MX.



principales se escuchaba el canto estilizado o el grito pelado de los vendedores de periódico, conocidos como “papeleros”, así como las voces de los aseadores de calzado, los “boleros”, que ofrecían su servicio a empleados de mostrador, servidores públicos y oficinistas. En la circunvalación de los mercados se reunían y desplazaban cargadores y canasteros, firmes en su andar, con la mercancía equilibrada sobre la cabeza o con la canasta vacía en espera del marchante que requeriría sus servicios.

Podemos decir que niñas y niños eran parte esencial del paisaje urbano. Un sinnúmero de ellos salía a las calles para llevar a cabo actividades de subsistencia y cubrir sus necesidades básicas y las de sus familias. La calle, como espacio público, era un lugar de trabajo y socialización, de aventura y desventura, de amistad y de riña, de necesidad y bonanza fortuita, de trabajo honrado, pero también de hurto, robo y pillería, al tiempo que podía transformarse en una extensión del grupo doméstico, como en los mercados y los bulliciosos tianguis.

Los fotógrafos repararon a menudo en los niños trabajadores del espacio urbano. Los hicieron posar frente a sus lentes para captarlos en grupos reunidos para la toma, o bien en una instantánea sin interrumpir sus labores u ocupaciones. No faltaron tampoco las tomas especiales, para dejar constancia de papeleros y boleros favorecidos por las editoriales de prensa y las autoridades municipales, quienes los congregaban en la víspera de Navidad o con motivo del Día de Reyes Magos para complacerlos con una comida, un convivio y donativos de camisas, overoles, paliacates, gorras y zapatos que cubrieran y

© 5500
*Hombres y niños trabajan
 en una talabartería
 del ejército,*
 Ciudad de México,
 ca. 1915,
 Colección Archivo
 Casasola,
 Secretaría de Cultura.
 INAH.SINAFO.FN.MX.

Página 34
 © 5380
*Voceadores cobrando
 en la pagaduría
 de un periódico,*
 Ciudad de México,
 ca. 1925,
 Colección Archivo
 Casasola,
 Secretaría de Cultura.
 INAH.SINAFO.FN.MX.





© 5766 Mitin de trabajadores de "La Alina", Ciudad de México, ca. 1920, Colección Archivo Casasola, Secretaría de Cultura. INAH.SINAFO.FN.MX.



© 5267 Vidal M. Chávez y Manuel Corchado con miembros de la Unión de Expendedores y Voceadores, Ciudad de México, enero de 1923, Colección Archivo Casasola, Secretaría de Cultura. INAH.SINAFO.FN.MX.

uniformaran al gremio. La prueba de la filantropía quedó atrapada en tomas fotográficas publicadas por los periódicos, como un reconocimiento al trabajo que los menores desempeñaban y una valorización idealizada que encomiaba sus esfuerzos cotidianos, al tiempo que promovía la imagen positiva de los rotativos que la patrocinaban, de las juntas de beneficencia que congregaban a señores y damas de la “buena sociedad” en este tipo de actos, en las que no podían faltar las autoridades políticas y administrativas en turno.

Dentro del escenario urbano y como parte de las actividades económicas sustantivas ubicamos, por otra parte, la amplia gama de fábricas y talleres. Con un propósito de eminente promoción de la industria y de los patrones, también los artesanos, los obreros y sus ayudantes menores de edad figuraron en fotografías, hombres o mujeres, según el ramo. Y acorde con los tiempos y las fuerzas sociales del periodo revolucionario, destaca el testimonio fotográfico de los niños, las jóvenes y los muchachos que asistieron a marchas, manifestaciones y mítines obreros, situación que apunta de manera indicativa a su participación y acción colectiva en los movimientos sociales del siglo xx.

Anotemos, por último, las tomas de los fotógrafos que incidieron en la promoción y el realce de las instituciones de la beneficencia pública o privada, encargadas de proteger, enseñar, proveer, instruir y formar a la denominada “niñez desvalida”.⁶ La realización efectiva, materializada en el funcionamiento de instituciones, hospicios, escuelas y talleres industriales, quedó manifiesta en fotografías en las que, por ejemplo, niñas, niños y jóvenes se ocupaban como hortelanos o cultivadores y en diversidad de talleres como herrería, carpintería, ebanistería, bordado, mecánica y cocina. Las fotografías que daban constancia del aprendizaje y la enseñanza de oficios para los menores internos reflejan el espíritu de la época por atender a los pobres, a los huérfanos y a los desamparados sociales, brindándoles cobijo, enseñanza básica y los medios para la adquisición de habilidades, conocimientos y destrezas, orientados a la formación de personas trabajadoras, útiles a la sociedad y, según el discurso dominante del periodo posrevolucionario, a la formación de hombres nuevos y de mujeres nuevas, como simientes del buen ciudadano y de la mujer productiva, moralizada y ejemplar.⁷



© 367745 Niños trabajan en la huerta del Internado Nacional Infantil, Ciudad de México, 25 de octubre de 1939, Colección Salud Pública, Secretaría de Cultura. INAH.SINAFO.FN.MX.

Como resultado de la interpretación comparativa y contrastante de las fotografías con otras evidencias documentales del periodo, queda por combinar, como han hecho las investigaciones académicas recientes, la paleta de colores, el espectro, los matices y claroscuros, así como la alineación, la reproducción, la transgresión, la subversión, la indolencia y el comedimiento implícitos en las acciones e interacciones de niñas, niños y adolescentes como agentes productivos y económicos de la sociedad mexicana en los inicios del siglo xx.

David Guerrero Flores es historiador por la UNAM y director de Difusión y Divulgación del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) de la Secretaría de Cultura.

- 1 Eugenia Meyer es pionera de los estudios, "¿Qué nos dicen los niños? Una primera mirada fotográfica a la infancia durante la Revolución", *Alquimia* 1, núm. 1 (septiembre-diciembre de 1997): 30-36. Véase también el muestrario fotográfico de Gina Rodríguez, *Niños trabajadores mexicanos, 1865-1925* (México: UNICEF, INAH, 1996).
- 2 David Guerrero, "El trabajo infantil en México: una continuidad en la historia", en María de Lourdes Herrera Feria y Zoila Santiago (eds.), *Entre el amor y el desamparo. Historias de la infancia en México, siglos XVIII-XX* (México: BUAP, Ediciones del Lirio, 2019), pp. 209-242.
- 3 Áurea Guzmán González, entrevista realizada por David Guerrero Flores (Ciudad de México, 16 de enero y 18 de febrero de 2003). Versión arreglada para narrativa.
- 4 Francisco Montellano, *C. B. Waite, fotógrafo. Una mirada diversa sobre el México de principios del siglo XX* (México: Grijalbo, Conaculta, 1994).
- 5 Mario Barbosa, *El trabajo en las calles: subsistencia y negociación política en la ciudad de México a comienzos del siglo XX* (México: El Colegio de México/UAM-Cuajimalpa, 2008).
- 6 María Eugenia Sánchez Calleja, *Niños y adolescentes en abandono moral. Ciudad de México (1864-1926)* (México: INAH, 2014).
- 7 Susana Sosenski, *Niños en acción. El trabajo infantil en la Ciudad de México, 1920-1934* (México: El Colegio de México, 2010).